

Programa de Formación Permanente

2015 Interioridad agustiniana

7. La *Lectio divina* como fundamento de la interioridad





LA LECTIO DIVINA COMO FUNDAMENTO DE LA INTERIORIDAD

INTRODUCCIÓN

Mas he ahí que oigo de la casa vecina una voz, como de un niño o niña, que decía cantando y repetía muchas veces: “Toma y lee, toma y lee”... Así que, apresurado, volví al lugar donde estaba sentado Alipio y yo había dejado el códice del apóstol al levantarme de allí. Lo tomé, pues; lo abrí y leí en silencio el primer capítulo que vino a mis ojos, y decía: “no en comilonas y embriagueces... sino revestíos de nuestro Señor Jesucristo...” (*conf.* VIII, 12, 29).

Puede parecer una cita muy repetida, pero nunca deja de tener actualidad. Es el encuentro de la Palabra con el hombre y, si este vive en actitud de búsqueda verdadera, seguro que encuentra una respuesta en la misma gracia que provee, a la vez que origina, una conversión. La cita agustiniana sorprende siempre por su sinceridad y por el deseo de no dejar que Dios pase de largo. De hecho, es una referencia siempre válida para todo aquel que, en su inquietud y su humildad, quiere salir de sus sombras y no entorpecer más la bondad de Dios que llama al corazón humano.

En todo esto es bueno recordar que, al “Tolle lege”, no se le puede encasillar en un algo pasado, incluso con buen sabor familiar, y que se olvide. Dios siempre es para el hombre lo “único necesario” y todo lo demás son añadiduras. La experiencia de Dios es respuesta y consuelo. Dirá alguien: ‘Lejos de actuar, somos actuados’. Le respondo: “En tanto actúas en cuanto eres actuado, y solo entonces

actúas bien cuando eres actuado por el Bien. El Espíritu de Dios, que actúa en ti, te sirve de ayuda para que actúes tú..., para que tú te ayudes a ti mismo” (s. 185, 9, 37). La afirmación agustiniana clarifica precisamente la acción de Dios en cada momento y nos urge a saber estar atentos y a escuchar la voz del Señor.

I. LECTURA ORANTE DE LA SAGRADA ESCRITURA

Partamos de un hecho: nuestro momento es tiempo de palabras y... ¡ojalá fuera también de la Palabra! ¿Hasta qué punto profundizamos en el encuentro con la Palabra toda vez que, en multitud de ocasiones, queda en un marco de cumplimiento cuando no envuelto en la frialdad?

1. Recordemos

Dios habla en la Escritura por medio de hombres y en lenguaje humano. Por lo tanto, el intérprete de la Escritura, para conocer lo que Dios quiso comunicarnos, debe estudiar con atención lo que los autores querían decir y Dios quería dar a conocer con dichas palabras (cf. DV 12).

Después de un largo ayuno de la lectura, meditación y estudio de la Palabra de Dios en la vida de los creyentes, el concilio Vaticano II abre plenamente las puertas de la Palabra del Pueblo de Dios, sobre todo a partir de la *Constitución conciliar sobre la divina revelación* ‘*Dei Verbum*’. A partir de este momento, han sido muchas las llamadas de la Iglesia para insistir en la primacía de la Palabra de Dios y que incluso posteriormente (año 2008) da lugar al Sínodo de los obispos sobre el tema “La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia”.

Es cierto que se va creando un ambiente nuevo y hasta un horizonte más esperanzador. La lectura creyente de la Biblia debe llamar la atención (referencia personal y comunitaria), ya que posibilita el encuentro dialogal con la Palabra de Dios. La experiencia es posible y eficaz a nivel de Iglesia, ¿también en la Orden?, sobre todo en un planteamiento de diálogo con Dios a través de la Palabra y que está produciendo frutos en los cristianos y en las comunidades.

Lo más llamativo de la *lectio* orante de la Biblia es la gran libertad de espíritu y su carácter de seriedad. Parte, por supuesto, de la lectura de la Palabra que debe ser respetuosa y con calma. Esto lleva a interiorizarse y luego poder aplicarlo en la vida corriente hasta el punto de que la Palabra resuene en la existencia diaria a nivel personal y comunitario. Lo importante no es leer y releer, sino el dejarse “empapar” por el Dios que, a través de la Palabra, nos habla. Es así como se

convierte en oración, en un diálogo amoroso entre Dios y yo, entre Dios y la comunidad.

La oración es respuesta a la Palabra que hemos leído y meditado, que la hemos interiorizado y la que nos hace hablar con Dios y, sobre todo, que dejamos hablar a Dios. Esto da origen a un paso importante: después de la oración viene la contemplación. Es un mirar a Dios y sentirse mirados por Dios, es exigencia profunda e íntima del amor de Dios, manifestado en la Palabra; es sentirse “llenos” de Dios, estar rebosantes de amor.

Lógicamente, gozada toda la experiencia anterior, debe nacer un compromiso, ya que la Palabra de Dios es mucho más: implica a la existencia humana, invita a la “acción”, a una expresividad de lo experimentado. La Palabra de Dios que encontramos en las Escrituras nunca es letra muerta, es capaz de cambiar nuestras personas, la comunidad, la Orden. Nos interpela, nos induce a ver la realidad que nos envuelve con la mirada de Dios; nos compromete en la construcción de un mundo (comunidad) nuevo, más humano, más digno, más respetuoso con los hermanos y con el entorno, más en la línea del plan amoroso de Dios.

“La Palabra de Dios es viva y eficaz”. ¿Hay, por nuestra parte conciencia de la necesidad de la Palabra de Dios y que nos lleve personal y comunitariamente a la oración? La Biblia entusiasma, es capaz de producir la “conversión” de nuestras personas, de nuestras comunidades. El santo Sínodo recomienda insistentemente a todos los fieles, especialmente a los religiosos, la lectura asidua de la Escritura para que adquieran la ciencia suprema de Jesucristo (cf. Flp 3,8), “pues desconocer la Escritura es desconocer a Cristo”... Recuerden que, a la lectura de la Sagrada Escritura, debe acompañar la oración para que se realice el diálogo de Dios con el hombre, pues “a Dios hablamos cuando oramos, a Dios escuchamos cuando leemos sus palabras” (DV 25).

2. A la escucha de la Palabra

En nuestro mundo, también en la vida consagrada, hay demasiadas palabras y poco silencio para que pueda oírse con nitidez la Palabra. En un Año de la Vida Consagrada es necesario situar especialmente la Palabra de Dios en un ámbito de acogida, y obedecerla para amarla, venerarla y vivirla, para buscarla, guardarla y anunciarla. Este tiempo es tiempo de gracia si sabemos mirarnos en el espejo de la Palabra y, fiándonos de ella, es “remar mar adentro” (cf. Lc 5,4-5) en el proceso de Revitalización. En esta línea es preciso situarnos en un redescubrimiento amoroso de la Palabra y dejarnos acompañar por ella, porque solo así valoramos el seguimiento de Cristo y clarificamos también el lenguaje de la vida consagrada desde su verdad y su calidad de *pertenecer a la vida y santidad de la Iglesia* (cf. LG 44).

Siendo consecuentes, la Palabra nos sitúa ante la reacción a *los que tienen boca y no hablan* (Sal 115,5), y entonces tomaremos conciencia de quién es nuestro Dios que habla. Por eso, debemos clarificar a nuestro Dios, que es un Dios que se revela y se entrega en lo que dice y hace, porque él dice lo que hace y hace lo que dice. Esta es una luz que puede darnos la suficiente garantía para que la escucha y la puesta en práctica de la Palabra nos sitúe en la verdad y en el testimonio. Quedamos a veces muy lejos -examinemos nuestra experiencia personal y comunitaria- de profundizar en la Palabra, que es capaz de manifestarnos el amor infinito de Dios, y cómo su fuerza es motivo de conversión.

En esta línea debemos acentuar que la Palabra de Dios, animada por su amor salvífico hacia los hombres, es diálogo y alianza de amor, y manifiesta el don de sí mismo, en cuanto expresión de un amor que crea amando y amando da su vida. La revelación de Dios al mundo por medio de la Palabra no tiene como meta informar al hombre sobre el amor que es Dios, sino que mira a realizar la unidad del hombre con Dios en el amor.



En nuestro mundo, también en la vida consagrada, hay demasiadas palabras y poco silencio para que pueda oírse con nitidez la Palabra.

La verdad de la *lectio divina* tiene una necesidad de aclarar que está en juego la vida interior. Tal vez, el hacer hincapié en la lectura de los textos, en su comprensión y en su efectividad en el corazón, puede dejar en segundo término la presencia y la acción divina, ya que nuestra preocupación nos lleva en muchos casos a un “entendimiento” de la Palabra para la vida, cuando en verdad lo fundamental radica en Dios y desde él surge la gracia de comprender el mensaje divino que nos lleva a dar a la vida un sentido más trascendente.

A la hora de la verdad es cuestión de vida, la de Dios en nosotros. Solo así la Palabra de Dios, nacida del encuentro entre el Dios que actúa y el hombre que, “inspirado” por el Espíritu del Señor, “lee e interpreta” dicho acontecimiento, nos llevará de la mano a Cristo, el Verbo de la Vida, que plantó su presencia en nosotros. La Palabra con la cual se revela y se nos entrega lleva en su entraña la noticia del Hijo de Dios. Y, puestos a pensar en la *lectio divina*, no es difícil encontrar un querer asumir desde nosotros el camino y su desarrollo, algo así como que acaparamos la Palabra y la usamos a nuestro aire. Sabemos leer, expresamos su contenido, la dirigimos a nuestra referencia, meditamos, oramos y contemplamos. Y por si esto fuera poco, manifestamos nuestro deseo de poner en práctica la Palabra de Dios a nuestro tren y no como milagro continuo que Dios nos hace.

Evitemos la tentación de convertirnos en dueños de la Palabra, ya que, a veces, da la impresión de poseerla en propiedad y manejarla a nuestro capricho. Es bueno recordar que, desde que el “Verbo se hizo carne”, el sí de Cristo, decimos con verdad que en él se encuentra el cumplimiento la Palabra de la Escritura (cf. Lc 4,21). Lo importante, pues, en el comienzo de la *lectio divina*, es creer que toda la Escritura divina constituye un único libro y este único libro es Cristo. Jesús de Nazaret aparece así como un acontecimiento nuevo y último de la historia de la salvación. Y, aunque parezca una idea repetida, acercarnos a la Palabra es, por tanto, acercarse a Cristo. De ahí que para nosotros la Sagrada Escritura no se puede leer sino desde Cristo.

3. La Palabra de Dios en nosotros

Nuestra comunidad, en todas las referencias, ha nacido de Dios y por la fe ha entrado en alianza de amor con Dios. Por eso mismo, está llamada a expresar, mediante la obediencia a la Palabra del Señor, la obediencia a la profesión en la vida consagrada y la fidelidad a la alianza sellada. La vocación de la comunidad, por lo tanto, será escuchar la Palabra y guardarla, escuchar la Palabra y seguirla, escuchar la Palabra y cumplir la voluntad del Señor. Y nos es necesario recordar: *¿Acaso se complace Yahvé en los holocaustos y sacrificios como en la obediencia a la Palabra de Yahvé?* (cf. 1Sam 15,22).

Hay una relación entre Pueblo de Dios y Palabra de Dios, como la hay también entre la Orden y la Palabra de Dios, entre la vida consagrada y la obediencia a la Palabra de Dios, entre discernimiento de la voluntad de Dios y meditación asidua de la voluntad de Dios. Y eso nos lleva, en reflexión negativa, a la poca profundización en la Palabra de Dios y vida de fe, como si no calara en nuestro ambiente una ilusión por la Palabra que nos llevara luego a un nivel profundo de oración, interioridad y contemplación. Precisamente, en un momento en el que la Orden auspicia un proceso de revitalización, es posible que la falta personal y comunitaria al proceso tenga mucho que ver con la poca empatía que la *lectio divina* está teniendo y que, por otro lado, podría ser una luz para descubrir mejor la voluntad de Dios en este momento histórico de la Orden y de su necesidad de vida espiritual y apostólica.

Siendo sinceros a lo que la Iglesia pide y cómo la Orden se apresura a revivir, es normal que entre nosotros queramos provocar una renovación en todos los sentidos y en todas las direcciones. El marco del *Proyecto de Vida y Misión* debe fundamentarse esencialmente en el Espíritu y en la respuesta personal y comunitaria a un proceso de formación permanente en la Palabra de Dios, que luego produzca una vida llena de sentido de Dios y de respuesta a la Iglesia. La Palabra tiene, desde sí, fuerza y calor para renovar nuestro ser y nuestro hacer, al mismo tiempo que nuestra presencia en la Iglesia puede y debe expresar la verdad siempre actualizada de un carisma agustino recoleto presente en la historia y en la Iglesia.

Esa Palabra nos lleva a una experiencia de oración. Porque la Palabra nos hace entrar en una relación personal con Dios, en poder escucharlo, hablarle y obrar según Dios. Y si orar es responder a Dios después de haberle escuchado, a él respondemos cuando volvemos a Dios la Palabra que él mismo nos ha entregado. Si orar es hacer la experiencia de encuentro con el Señor, la Sagrada Escritura es toda ella una historia de encuentros: Dios con el hombre, contigo y conmigo, y nuestro encuentro con Dios.

En la Sagrada Escritura tenemos facilidad en encontrar bellos modelos de oración: los Salmos, el Magníficat, la oración del cristiano (cf. Mt 6,9-13) o de Jesús (cf. Mc 14,36-39); pero toda ella se convierte en oración cuando, después de escuchar o leer la Palabra, nos implicamos en el fondo y en la forma con los sentimientos que el texto nos sugiere y suscita en nuestro interior, volviéndose alabanza, agradecimiento, súplica, confianza, arrepentimiento, bendición.

Si evaluamos sinceramente la profundidad de nuestra oración ojalá sintiéramos un cierto vacío por nuestra carencia experiencial de la Sagrada Escritura y de su necesidad, que tantas veces está ausente en nuestra oración. La Palabra pronunciada por Jesús no se limita a obrar y a realizar su obra salvífica durante el

ministerio público del Redentor. Su Palabra continúa su actividad y su fecundidad dentro de la Iglesia, sobre todo cuando es proclamada como Palabra de Dios. Recordemos un detalle: lo que fue “en aquel tiempo”, ocurre “en este tiempo”.

El Magníficat debería ser para nosotros un camino diario de la lectura de la Palabra hecha oración llena de agradecimiento y admiración.

II. FUNDAMENTACIÓN DE LA INTERIORIDAD AGUSTINIANA

Desde el Espíritu que mueve el corazón y lleva consigo una confrontación con la parresía que desprende la Palabra de Dios en la vida y en el proyecto de Agustín.

1. Inicio del camino

Agustín puede señalar que, si a Dios se le conoce amándolo, él conoce a Dios y los secretos de Dios ocultos en la Palabra que ama. Si el Padre revela sus secretos a sus sencillos (cf. Lc 10,21-22), Agustín conoce esos secretos porque escucha la Palabra con corazón pobre y disponible: “Existe un mensaje interior, en forma de susurro, que solo se oye en el silencio del alma. Es la voz de Dios. Al que la escucha de verdad, la vida le parece un gallinero” (*en. Ps.* 82,7). No es de extrañar que en la Palabra Agustín encuentre el dinamismo profundo de su vida cristiana, el motor del arranque de su camino hasta el punto de expresar: “Cada uno tome de la Sagrada Escritura lo que le sea dado según su capacidad. Y cuando no logre entenderla, dé a la Palabra de Dios el honor y a sí mismo el temor” (*gen. litt.* 1,20).

Si la vida para Agustín ha sido “un remar hacia dentro”, aquí nos encontramos con una gran sorpresa de Dios, una nueva sorpresa, la de poder recomenzar de manera nueva la confianza en Dios. Llegar a la convicción de dar a la vida el sentido del “rema mar adentro”, es un paso que lleva consigo el ser probado en la fe y en la propia confianza. Así puede dejarse a sí mismo, desprenderse de sí mismo, hasta el punto de creer en las palabras de Cristo: “No temas porque Yo estoy contigo”. Y es bueno recalcar este momento de la interioridad agustiniana que invita a “entrar en ti mismo”, respondiendo a la llamada que Dios hace para recuperar la imagen verdadera que se había perdido.

Dicho de otra manera: el “entrar” supone caer ya en la cuenta de alguien que está ahí y habita en el corazón. Alguien que espera la llegada del hijo pródigo, demasiado pendiente de sus formas personales de buscar y de gozar la felicidad. Alguien que es capaz de saciar la sed y colmar de gracia. De ahí, la clave

agustiniana con parresía: “Acércate a él, comienza a desearlo, comienza a buscar y reconocer a aquel por quien has sido hecho. Él no abandona a su obra, si ella no lo abandona” (*en. Ps.* 145,9). Agustín experimenta y refleja la dimensión del misterio como experiencia de contemplación: “Corre a la fuente... en Dios está la fuente de la vida; (...) en él también la luz que no se oscurece. Desea esta luz, desea cierta fuente, cierta luz que no conocen tus ojos. Para ver esa luz se dispone el ojo interior, la sed interior arde en deseos de beber en esa fuente. Corre a la fuente, desea esa fuente” (*en. Ps.* 41,2).

Comienza así a vislumbrarse la experiencia de un Amor que ha purificado los anteriores amores y que ahora se traduce en un encuentro vivo, íntimo. Noches y días en el mar de la vida y gozando amores que no llenan ni satisfacen, mientras pasan interminables horas y épocas de la existencia “bregando” mucho pero sin fruto. Es el peregrino que desconoce que “Dios está más íntimo que uno mismo” y que las fatigas del camino se multiplican en la oscuridad.

Para llegar al propio interior es necesaria la búsqueda sincera, libre de prejuicios y haciendo frente a las mil contradicciones: “Buscaba yo un camino para conseguir la fortaleza que me hiciese idóneo para gozar de ti, Señor... Y no lo encontré hasta abrazarme con el Mediador entre Dios y los hombres, el Hombre Cristo Jesús... Él nos llama y nos dice: «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida»” (*conf.* 7,18,24). Agustín expresa así la experiencia de no estar solo, se siente sano y salvo, y se siente amado por Dios-Padre.

Lo de la noche larga sin pesca de Agustín, las tinieblas de su vida anterior, tienen luego un aire de sencillez, pero también de intimidad en el trasvase de su persona en la Persona de Cristo, en dejarse amar, abrazar y llevar por Dios en un camino hacia dentro, hacia la verdad en su corazón. Sí, ciertamente Dios lo ha conducido a Agustín a su propio corazón. Quedan atrás las heridas, las dudas, años en desbandada, vida en muerte... Y en la placidez de ese lago que invita al diálogo interior, queda solo el silencio amoroso de Dios.

2. Un paso más

Agustín se encuentra con la llamada de la gracia en un momento que se ha ido preparando en la escucha desde la providencia divina y en unas circunstancias en que las seguridades propias van a la vez desapareciendo de una manera misteriosa y después de haber optado por una obediencia a luz de la Palabra de Dios. ¿Qué siente Agustín ante esa lectura? Ante la acción de Dios, Agustín asume el compromiso de no solamente ser receptor, sino de profundizar en el don de Dios como nunca lo había hecho hasta el momento. Y es que la luz divina irrumpe totalmente en su corazón y está experimentando la presencia del Maestro interior:

Conocedor mío, que yo te conozca como tú me conoces. Virtud de mi alma, entra en ella, amóldala a ti para tenerla y poseerla sin mancha ni arruga. Esta es mi esperanza, por eso hablo. En esta esperanza fundo mi alegría cuando mi alegría es sana (*conf. X,1,1*).

Esta insistencia subraya providencialmente lo que ha ocurrido en Agustín hasta el punto de que él mismo puede decir:

Vuelve a tu corazón y desde él asciende a Dios. Si vuelves a tu corazón, vuelves a Dios desde un lugar cercano (*s. 311,13*).

Toda una lucha interna que ha tenido pruebas y vicisitudes crea en el corazón una apertura de ideas y de palabras que se multiplican y suceden: son las lágrimas del arrepentimiento y del gozo, es la sensación de haber encontrado la perla preciosa; es no sentirse más solo, es inaugurar un estilo de vida desde la mirada del corazón. Agustín entra en su interior y descarga amorosamente todo el bagaje acumulado de penas y largos espacios de reflexión. Expresa con toda claridad el carácter del “encuentro” y sabe cómo desde ese momento es otra persona. Lo que él dice varias veces: “entra en tu interior”, significa la sacudida interna que ha marcado una impronta:

¡Qué voces, sí, te daba yo en aquellos salmos y cómo me inflamaba en ti con ellos y me encendía en deseos de recitarlos, si me fuera posible, al mundo entero contra la soberbia del género humano! Aunque cierto es ya que ‘en todo el mundo se cantan y que no hay nadie que se esconda de tu calor’ (*conf. IX,4,8*).



¿Qué siente Agustín ante esa lectura? Ante la acción de Dios, Agustín asume el compromiso de no solamente ser receptor, sino de profundizar en el don de Dios como nunca lo había hecho hasta el momento.

Quien es capaz de expresar su drama interior es muy consciente de su incapacidad y, por otro lado, de la necesaria cercanía e intimidad de alguien que llegue a su corazón y le ilumine cómo librar con audacia las grandes batallas de las opciones y de las respuestas. En el caso de Agustín la entrada en su interior, desde el encuentro con el Dios que le espera en su corazón, es el comienzo de un gozo más pleno. Fruto de su compromiso de seguir profundizando en el don de Dios.

3. Vida en trascendencia

En Agustín, con la confesión de su actitud como pecador y ante la mirada bondadosa del Señor, tiene lugar una interiorización tal que trasciende su mismo ser, dejando el espacio libre para que sea el Señor quien lleve siempre el timón de su vida. Dejando todo y dejándose totalmente en las manos de Dios, se une en una misma respuesta. Ya no hay lugar para las dudas ni tampoco para el futuro. Se percibe así un nuevo horizonte que exige valentía y humildad. Va a ser un mundo y una historia que exigirán fidelidad a la vida y a la enseñanza del Maestro, un cúmulo de respuestas dóciles y comprometidas que echarán afuera los razonamientos a veces tan oportunistas que pueden sobrevenir.

Cuando Agustín ora en silencio interior después de leer en el jardín las palabras del apóstol Pablo, torna a toparse con su propia persona y, en el fondo, ha perdido el lastre. Entra en la dinámica de la gracia que le fortalece y, sobre todo, le hace experimentar la intimidad de una vida distinta. Cristo ya no queda solo en la imagen percibida hace tiempo en el camino de una escalada lejana. Hay ya una experiencia de vida interior trascendida. Así lo subraya:

Vuelve a tu corazón y desde él asciende a Dios. Si vuelves a tu corazón, vuelves a Dios desde un lugar cercano (s. 311,13).

En la vuelta desde las aguas revoltosas de un pasado a un encuentro entrañable con el Maestro, hay un momento clave en el que Agustín entiende y se dispone con sinceridad a poner en práctica una regla de oro: “No quieras ir afuera, entra en ti mismo; en el hombre interior mora la verdad y, cuando vieres que tu naturaleza es mudable, trasciéndete a ti mismo” (v. rel. 39,72).

Providencialmente, en una situación distinta del pasado al hoy en Agustín, tiene lugar un trascender ante el mismo Dios y en respuesta al mismo Dios que, por caminos insondables, llama a entrar y a profundizar en la fe hasta el punto que se convierte en motivación de una existencia nueva: “No te desparrames. Concéntrate en tu intimidad. La verdad reside en el hombre interior” (v. rel. 39,72). Desde esta base y con la ayuda de la gracia, se inicia un camino distinto. Tiene aquí lugar expresivo la “parresía” en un camino interior de trascendencia, de ascensión del corazón y que tendrá en el futuro respuestas sin límites en el

anuncio de Cristo, en el pastoreo de las almas, en la vida en común-uniión con los hermanos y partiendo siempre desde la fe y con el testimonio de su vida.

La “parresía” agustiniana arranca, por supuesto, desde la gracia, pero conlleva de manera fiel y constante una profundidad valiente con visión de la meta (Dios) y del camino (Cristo). De ahí que surgen de inmediato las preguntas:

¿Por qué te lanzas afuera...? Comenzaste a entregar tu corazón a lo externo y te has perdido para ti mismo. Cuando el hombre, por amor de sí mismo, entrega su corazón a las cosas de fuera, se pierde entre el humo de las cosas y, en cierto modo, disipa pródigamente sus fuerzas. Se vacía de sí mismo, se desparrama, se hace un pordiosero, apacienta puercos... (s. 96,2,2).

El sentido de la trascendencia es el grito audaz de Agustín, ya que contiene el encuentro agradecido con Dios y la aspiración a metas más profundas y siempre con una visión de esperanza y con un dinamismo cautivador (“parresía”). A modo de síntesis puede formularse una especie de regalo desde Dios y que Agustín, en una lectura, entre agradecida y sorprendente, de la misericordia de Dios, lo expresa así:

- a) Un punto de partida: “Pero tú eras más íntimo que mi propia intimidad y más alto que lo alto de mi ser” (*conf. III,6,11*).
- b) Una aventura: “Seguimos ascendiendo aún más dentro de nuestro interior, pensando, hablando y admirando tus obras” (*conf. IX,10,24*).
- c) Un gozo: “¿Dónde, pues, te encontré sino en ti sobre mí? Aquí no existe emplazamientos ni lugares” (*conf. X,26,37*).
- d) Una certeza: “Desde el día en que te conocí, no encuentro nada de ti que no sea un recuerdo personal mío. Desde el día en que te conocí, no te he olvidado. Donde he encontrado la verdad, allí he encontrado a mi Dios, que es la mismísima Verdad. De esta Verdad no me he olvidado desde el día en que la conocí. Por eso, desde que te conocí, resides en mi memoria. En ella te encuentro cuando me acuerdo de ti y me deleito en ti. Estos son mis gozos santos con que me ha obsequiado tu misericordia al poner sus ojos en mi pobreza” (*conf. X,24,35*).
- e) Una unión con Dios: “El deseo presente en el corazón justo lo dispone el Señor, pero ha de preceder la fe, por la que se llega al Dios recto, para que el corazón se vuelva recto. Esta fe surge de la obediencia, habiendo antes prevenido y llamado a la misericordia de Dios. Comienza a un ir el corazón a Dios, para que lo enderece, y cuanto más y más se enderece, tanto más ve lo que antes no veía y puede lo que antes no podía” (*en. Ps. 77,10*).

III. AGUSTINOS RECOLETOS EN PROCESO DE REVITALIZACIÓN Y REESTRUCTURACIÓN DESDE LA CONFRONTACIÓN CON LA PALABRA DE DIOS

Recordemos: “Pero tú permanece fiel a la doctrina que aprendiste y de la que estás plenamente convencido: tú sabes de quiénes la has recibido. Recuerda que desde la niñez conoces las Sagradas Escrituras: ellas pueden darte la sabiduría que conduce a la salvación, mediante la fe en Cristo Jesús” (2Tim 3,14-15).

1. Punto de arranque

Si para nosotros el ejemplo de Jesús motiva la verdad de una consagración religiosa, la primera urgencia es conocerlo como Cristo y confesarlo como Señor, y para alcanzar este objetivo es necesario tomar en nuestras manos las Sagradas Escrituras, abrirle las puertas de nuestros corazones y ofrecerle escucha y acogida a la Palabra. De hecho, ser agustino recoleto exige salir de lo insignificante o de la postración de los cotidianos fracasos, y para ello no tenemos otro camino que el dejarnos guiar por la Palabra y darle un amplio espacio en nuestras vidas:

A imitación de san Agustín, tomen ‘en sus manos todos los días las Sagradas Escrituras’, de modo que la lectura de la palabra divina constituya la principal fuente de la piedad y el alimento de la oración (*Const.* 76).

Ser agarrados por la Palabra y por Cristo son una única y misma cosa. Si queremos gozar de un verdadero proceso de revitalización, que es lo mismo que recrear y re-fundar nuestra “vida y misión”, no hay otra salida que la de abrir espacio a la Palabra, releerla, estudiarla, meditarla, acogerla desde un corazón vacío y pobre, “susurrarla día y noche” (Sal 1,2)” para luego vivirla y celebrarla.

Esto lleva a formular una pregunta: recordando el proceso de revitalización, ¿nos está faltando profundización o testimonio viviente y expresivo que comporte recrear el fondo y las estructuras de una comunidad que se ha construido con materiales de otros tiempos? Nos toca, se nos obliga, soñar y encontrar una nueva cantera (actualizar la experiencia de los frailes de Toledo) para extraer piedras vivas para la edificación: la Palabra de Dios, viva y eficaz, que hace resurgir la vida para convertir la comunidad, según dice Agustín, en “un oyente de la Palabra”.

Y si la primera cantera nos convierte en oyentes de la Palabra, podemos ser ahora y siempre los “observadores” capaces de discernir las piedras para cruzar el río de la historia viva de la Orden. Con esa mirada, y dejando de lado una actitud estática y nada comprometida, nos exigimos una visión dinámica y más audaz, un introducirnos en la fe viva para convencernos en ser miembros de una “familia

religiosa” que comparten la “vida en Dios y con Dios”, la común-uni3n en la Orden y las claves de una nueva evangelizaci3n.

La revitalizaci3n no es solo renovar por fuera las formas del edificio de la Orden, sino m1s bien tratar de conectarla con los sentimientos y expectativas que nacen y quieren crecer en ella. Nuestra vida consagrada, como Orden, est1 llamada a recorrer un largo 3xodo de b1squeda y renovaci3n que ya no tiene marcha atr1s. Desde la escucha de la Palabra, nuestra vida ser1, en el presente y en el futuro, como lo fue en el momento de Agust3n y el de los frailes de Toledo, propuesta alternativa y de frontera en la contemplaci3n como en el car1cter comunidad y en la dimensi3n apost3lica. La Palabra de Dios nos invita, nos urge y nos convoca a ser testimonio en la Iglesia y en la historia de una Palabra (el S3 de Dios y nuestro s3) que no podemos callar, de una raz3n que no se puede ocultar, de una convicci3n que necesitamos vivir y compartir en el proceso de revitalizaci3n.



Tomen ‘en sus manos todos los d3as las Sagradas Escrituras’, de modo que la lectura de la palabra divina constituya la principal fuente de la piedad y el alimento de la oraci3n.

2. La base de una Revitalización desde la Palabra

La vida de un agustino recoleto no se manifiesta en unos determinados momentos en los que se renueva la profesión religiosa, sino en la contemplación del misterio de Cristo en el interior del corazón.

a) *Para comenzar*

Jesús es la Palabra y la revelación plena de Dios, la luz que brilla en las tinieblas, la verdad (cf. Jn 14,6), el Profeta y el Maestro que viene a nosotros y nos llama, que es fiel a su palabra y hace que sus discípulos “conozcan la verdad y la verdad los haga libres” (Jn 8,32). Los caminos del Espíritu son ciertamente muchos, porque él sopla donde quiere (cf. Jn 3,8) con soberana libertad e imaginación inagotable. Sin embargo, es posible encontrar algunos caminos en los que se presenta la fidelidad del Dios cristiano para revelarnos su sentido: estos caminos son la Palabra de Dios en la transmisión de la Iglesia, los signos de los tiempos y la necesidad y el testimonio del amor en la vivencia de un carisma.

Esto lleva a ser personas auténticas y consecuentes que solo se entienden a sí mismas en relación con Dios en él se sustentan. Un punto concreto para definirse en razón del carisma propio está en dejarnos transformar y desinstalar con audacia (*paressía*) y valentía, vivir el carisma agustino recoleto desde la fidelidad gozosa al proyecto de Dios que entusiasmo, inspira, contagia.

La Orden trata en este momento, creamos que es providencial, de hacer frente a una encrucijada cuyas alternativas y posibilidades requieren ser analizadas y discernidas. Y en la trama de la historia, los agustinos recoletos de hoy, atentos al texto constitucional (cf. *Const.* 6), leemos los signos de los tiempos que “son signos de Dios”, y que deben iluminar y animar el presente y el futuro.

Un paso necesario: en referencia radical del agustino recoleto con Dios y consigo mismo, ¿cómo hoy la Palabra puede ser una orientación hacia un centro unificador? Enseña Agustín:

Bucea en tu intimidad y trata de encontrar ese dulce rincón del alma donde puedes verte libre de ruidos y argumentos, donde no necesites cambiar disputas contigo mismo para que puedas siempre salir con la tuya. Escucha la voz de la verdad en silencio para que puedas entenderla (s. 52,9,22).

Podríamos también tener en cuenta los nn. 11 y 13 de las *Constituciones* para dejar a la comunidad en una referencia concreta respecto de la experiencia contemplativa. En ambos casos, se deduce que el proceso de revitalización debe reflejar con rasgos claros el carácter contemplativo de la Orden. Y eso nos daría la clave para expresar con claridad en nuestras vidas la dimensión del “misterio de Dios” y, lógicamente la exigencia de la interiorización, el gozo que trasciende y supera cualquier felicidad humana.

Esta experiencia del carácter contemplativo de la Orden exige en nosotros silencio interior y capacidad de sorpresa. Recrear esta experiencia, de tanto

alcance en la Recolectión y vivida por tantos hermanos nuestros, es examinar las “propias hechuras” que están siempre en razón de las propias medidas para que la expresividad de “normalidad” se vaya superando hacia unas coordenadas que la contemplación en la Palabra y desde la Palabra quiere crear y motivar. A la luz de Agustín, y con su propia sinceridad, descubrimos algo maravilloso:

No estaba conmigo la lumbre de mis ojos. Ella estaba dentro de mí pero de mí mismo estaba fuera. Ella no se halla en ningún lugar. En cambio, yo andaba vagando por los lugares que ocupan las cosas (*conf.* 7,7,11).

Al fin y al cabo, lo que está en juego es la escucha del corazón. Es, por tanto y sobre todo en la Palabra, transmitida eficazmente en la tradición viva de la consagración religiosa, donde Cristo, muerto y resucitado, se hace contemporáneo de los que viven en un seguimiento total y sincero al Maestro. Una respuesta leal en la vida agustino-recoleta es la escucha perseverante para que se encuentre en Jesús la humilde obediencia de fe a la Palabra de vida, reconociéndose como “discípulo de la Palabra”.

b) Continuando...

Es imposible negar que urge un cambio de mentalidad en la persona y en la comunidad, como un nacimiento y aparición de una experiencia nueva: la comunión de vida. Y esta comunión de vida debe ser el soporte de la vida en comunidad:

Se mantenían constantes en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones (cf. Hch 2,42) y la multitud de los creyentes tenía un solo corazón y uno solo espíritu (cf. Hch 4,32).

Agustín hace suya en la vida y en su enseñanza el ejemplo de la primitiva comunidad cristiana:

No constituyen casa del Señor sin los que se compaginan por la caridad. Si las vigas y bloques de una casa no estuvieran unidas por un orden; si, al unirse en armonía, en cierto modo, no se amasen, nadie se atrevería a cruzar el umbral de la puerta. En cambio, cuando las vigas y los bloques del edificio están sólidamente unidos, todos entran en la casa sin temor. Por eso, queriendo el Señor entrar y habitar en nosotros, como en su casa, nos dio la fórmula para edificar en solidez: “Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos mutuamente” (s. 366,1,1).

Es importante recalcar la presencia del Verbo de Dios que se convierte en presencia viva como fundamento de la comunión de vida. De hecho,

Cristo, Verdad y Bien encarnados, congrega a los dispersos, y los hace ser hermanos por la comunión de vida. El Espíritu Santo, que penetra en las profundidades de Dios, introduce a la comunidad en el conocimiento y en la verdad de Cristo, que se desarrollan hasta la contemplación del Padre (*Const.* 14).

La “comunión de vida” procede de un Sí a la palabra dada a Dios, al valor de la fidelidad y a la constancia creyente en el modo de vivir la vocación “en la vida común” o “sirviendo a Dios y a la Iglesia en comunidad de hermanos”. Cada agustino recoleta da una respuesta a la Palabra para asumir con libertad la comunión de vida. He aquí una forma concreta de clarificar algo esencial en el

proceso de revitalización: es la capacidad de sabernos mirados por Dios en nuestro ser pecador y en la gratuidad de toda vida humana, condición indispensable para tratar a quien convive con nosotros como humano. Es aquí donde, sustentándonos como mirados por él, estamos capacitados para mirar el misterio de la Trinidad de personas que habita en nuestro interior y cuya luz es reconocida en el rostro de los hermanos.

El signo de trascendencia exige una búsqueda de la comunión de vida, una búsqueda de la fe que nos puede salvar de numerosas distorsiones de nuestra realización personal en la comunión de vida. Buscar el sentido de comunión nos abre a un mundo de posibilidades, sobre todo, a vivir “en toda profundidad”, y esto puede impedir el anquilosamiento “justificado” (?), de alguna manera, por una costumbre... Quien busca, sale de sí mismo –“en la comunidad nadie posee cosa alguna propia, sino que todo sea común” (*Const.* 16)–, queda a la ‘intemperie’, pero termina sintiéndose afianzado al poder incorporar a su existencia que sus “almas juntamente con la tuya no son varias almas sino una sola, la única de Cristo” (*Const.* 16; cf. *ep.* 243,4).

En la Palabra de Dios surgen de por sí los discernimientos proféticos y desde la fe necesitamos profundizar en el autor de los mismos. Dios nos invita siempre y en todo momento a escucharlo. A veces, de una manera, un tanto en silencio, llega el “susurro”, pero siempre es la Palabra que da vida y paz. Agustín reclama de sus monjes una vida digna de Dios y el anhelo constante por vivir en y con la comunidad:

No es posible que los hombres lleguen a fundirse en una ordenada concordia si no se unen entre sí por la participación de unos mismos signos o sacramentos. La acción de estos sacramentos es insustituible y despreciarla es pecado de sacrilegio. No puede despreciarse sin caer en la impiedad lo que es imprescindible para la perfecta unión con Dios (*c. Faust.* 19,11).

El obispo de Hipona hace intuir las consecuencias prácticas de su enseñanza: los signos de comunión de vida. Esta comprende, entre otras cosas, “entréguese a sí mismos y todo lo suyo al servicio del amor; sopórtense y perdónense mutuamente; practiquen con delicadeza la corrección fraterna y, recíbanla con humildad, y ayúdense unos a otros con sus oraciones ante Dios” (*Const.* 17). Desde esta visión, el agustino recoleto es exponente de comunión fuera y dentro de la comunidad:

Me congratulo de vuestra numerosa comunidad, de vuestro amor fraterno y de vuestra vida en comunión. Dios os ha dado gracia tan abundante que no solo habéis desechado los placeres sensuales sino que, además, vivís en perfecta unión de corazones (*ep.* 211,2).

Solo quien ama concretamente al hermano que Dios nos ha puesto a nuestro lado, ama como Cristo nos amó y nos pidió que amáramos. En este amor concreto, Cristo se hace presente y habla en nuestra vida mortal sus palabras de vida eterna. La verdad de Cristo nos espera y se da donde su Palabra se convierte

en vida de nuestra vida, en el servicio humilde y desinteresado al hermano. Jesús es la personificación de la Verdad, el profeta que habla las palabras de Dios y da el Espíritu sin medida...



El signo de trascendencia exige una búsqueda de la comunión de vida, una búsqueda de la fe que nos puede salvar de numerosas distorsiones de nuestra realización personal en la comunión de vida.

3. Vida y misión

El religioso contemplativo y comunitario es apóstol generoso y eficaz porque lleva dentro de sí el amor, cuya esencia es dar y comunicar, cuyo impulso natural es extenderse entre los semejantes para arrebatarlos a todos para Dios y para Cristo. El religioso, en virtud del amor que es difusivo, obra y trabaja para que todos amen a Dios con los hermanos y está siempre dispuesto al servicio del reino, siguiendo el evangelio y el carisma de la Orden: “La comunión, entonces, se hace ella misma misión” (*Const. 23*).

La enseñanza de las *Constituciones*, con fondo evangélico y agustiniano, indica así que lo externo resulta algo vacío de contenido si no hay alma interior que lo anime. Y, precisamente, desde la comunidad se ofrece a la Iglesia la experiencia de comunión de vida en Cristo que da paso inmediato a “servir y a dar la vida por los demás”. Pero el “envío”, la misión, nos lleva a la profundización de un punto esencial:

La comunidad es apostólica y su primer apostolado es la comunidad misma: dedicada a la oración y a la práctica de las virtudes, y unida al santo propósito de la vida común, es ya una obra apostólica (*Const. 23*).

Estamos llamados a la misión, porque hemos recibido un carisma que no queremos ni debemos retener en la intimidad. Lo que “hemos visto y oído”, en la idea completa del evangelio, de Agustín y del carisma agustino recoleto, reclama que lo transmitamos como reflejo de la Palabra hecha realidad de vida en nosotros. La Orden, como la Iglesia, existe para evangelizar, tiene como centro de su misión configurarse y conformarse con Cristo, convocando así a los demás a encontrarse con él y en él.

En un proyecto de revitalización debe aparecer sinceramente si la primera misión del agustino recoleto es la comunidad misma y si esta prioridad reclama desde cada uno ser evangelizador convencido y entusiasta, dando coherentemente testimonio de fidelidad en su vida. Antes de nada, “la vida consagrada es, en sí misma, evangelizadora y constituye el modo de evangelizar del religioso” (*Const.* 277). En la sencillez de cada día, es en el ejemplo silencioso de Jesús de Nazaret donde aprendemos el ardor apostólico e intentamos responder desde la audacia al tratarse de que, a nuestro anuncio del reino, partiendo del Verbo de Dios, debe preceder siempre la recomendación del Señor: “Nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás, es apto para el Reino de Dios” (Lc 9,62).

El agustino recoleto expresa desde la Verdad ser testimonio del bien, y el testimonio de Dios no tiene límites ni en el objeto ni en el sujeto. Nos apremia, como le apremió a Agustín, la “cultura del bien” en medio de todo un contexto sociocultural, sea cual sea el tiempo histórico, y como comunidad de agustinos recoletos estamos llamados a ofrecer una alternativa de vida a este mundo y a sus heridas. Ciertamente es un anuncio y un testimonio de la fraternidad ante todo intracomunitaria, visible y con posibilidad de ser vividos por otros y en otros contextos. Una fraternidad que se extiende visiblemente y sin fronteras:

La comunidad, atenta siempre a las necesidades de la Iglesia, busca el lugar y el modo de ser más útil al servicio de Dios (*Const.* 25).

La comunidad no puede anclarse en ningún tipo “determinado” de Iglesia, sino más bien en las características verdaderas de la única Iglesia de Cristo hasta las últimas consecuencias. Aquí juega un papel importante el proceso de revitalización, ya que, si hay vida interior (contemplación), comunión de vida, surge el carácter apostólico de la Orden:

El hombre, cuanto más participa del conocimiento y del amor de Dios, con más fuerza tiende a difundir entre sus semejantes ese conocimiento y ese amor: “Debemos ansiar que todos amen a Dios con nosotros” (*Const.* 23; cf. *doct. chr.* 1,29,30).

En esta línea, como comunidad evangelizadora que somos, no podemos encerrarnos en modos ya pasados, sino más bien es necesario acortar distancias, asumir la realidad de una sociedad actual y no seguir con doctrinas que imponemos, sino más bien con equilibrio sobre lo que atrae de verdad: el amor, la misericordia. El mundo de hoy necesita un anuncio del mensaje evangélico

basado en la persona de Cristo, en el amor a todos. Pero, antes, necesitamos salir de nosotros mismos, recordando lo de que: “Arrebata a los siervos de Dios la sed de la verdad, y de conocer y descubrir la voluntad de Dios en las Sagradas Escrituras. Te arrebata el deber de la predicación apostólica” (*ep.* 243,6; cf. *Const.* 27).

Se puede clarificar la identificación de la misión apostólica de la Orden: “Sus miembros, viviendo en comunidad de hermanos, desean seguir e imitar a Cristo, casto, pobre y obediente según él propone en el evangelio para que lo observen sus discípulos; buscan la verdad y están al servicio de la Iglesia” (*Const.* 6). Es cierto que ahí debe estar presente la motivación específica que enseña Agustín: “Siempre atento al bien de la Iglesia universal, amó a todos los hombres con vehemente caridad, promoviendo con saludable diligencia el bien de todos” (*Const.* 278; cf. *ep.* 48,2; s. 234,3; y *vita* 7).

Lo que a cada agustino recoleto debe preocuparnos hoy es, si ante el Señor, creemos que este es un “momento apremiante” e irrepetible, como lo fue para los frailes de Toledo. Ellos nos hablan de sus hechos, de cómo responder a los signos de los tiempos: los lugares establecidos. Nuestras comunidades, por muy religiosas que sean, deben orientar de manera distinta su fidelidad al carisma inicial. Como si nos dijeran que era preciso dejarse acariciar por la brisa mañanera (“la forma de vida consagrada que san Agustín fundó en la Iglesia”), para que nos dirija por un camino no transitado (parresía) y suscitar otro nuevo (revitalización). Dios es siempre misterio y no quiere repeticiones. Por eso cada mañana nos comunica una diferencia de relación con él, con nosotros mismos y con los demás.

CONCLUSIÓN

Más bien, una síntesis:

La comunidad religiosa, como la primitiva comunidad cristiana, alimentada con la palabra divina, la sagrada liturgia y especialmente con la eucaristía, persevera en la oración y en la comunión de un mismo espíritu... Cuanto más sincera e intensamente cultiva la comunidad el espíritu y la práctica de la oración, con más propiedad merece ser llamada comunidad orante y cultural, y más eficazmente expresa la presencia de Cristo en el mundo (*Const.* 64).

Imanol Larrínaga Bengoechea
Parroquia de Santa Mónica
Madrid



ORDEN DE AGUSTINOS RECOLETOS
INSTITUTO DE ESPIRITUALIDAD E HISTORIA